

—Calle usted; esos señores se acercan y podrían oírnos.

Luego terminó el diálogo diciéndole en voz muy baja:

—Cuando la mujer que usted ama esté en sus brazos, acuérdesese usted de que Diana la habrá llevado á ellos.

VIII

Al llegar el Otoño se renundaron los grandes negocios. Lereboulley, Thauziat y Hérault, más unidos que nunca, establecían las primeras bases para fundar la sociedad del cable, y celebraban frecuentes conferencias en el despacho del banquero. Antes de empeñarse definitivamente en aquella importante empresa había por resolver cuestiones muy graves. Las Sociedades inglesas se habían alarmado con aquella tentativa de competencia, y siendo poderosas y estando además en posesión del tráfico, se disponían á entablar una lucha desesperada contra la explotación francesa. Había que contar con una rebaja en los precios de transmisión y por consecuencia establecer el cable en tales condiciones económicas que se pudiera no sólo combatir sino vencer. Esto al menos era lo que Luis explicaba á su mujer, con un lujo de detalles y una prolijidad de apreciaciones que daban á Elena una alta idea de los trabajos que se preparaban.

Sin embargo, la insistencia con que hablaba á todas horas de este asunto, achacando á su estudio

sus salidas cada vez más frecuentes, comenzaba a inquietar á la amante esposa, y un día que Emilia comía en el Faubourg-Poissonnière, Elena le dijo en medio de la conversación:

—¿Su papá de usted irá á América por lo del cable, como fué esta primavera á Corinto por la apertura del istmo?

Emilia contestó riendo:

—Papá fué á Corinto por pasear con la señora de Olifaunt. A no ser por el yacht y por la viajera que iba á bordo hubiera enviado á uno de sus representantes. Por lo demás, no le he oído hablar nunca del cable ni de América.

—Pero esos señores pasan casi todas las noches reunidos estudiando el proyecto.

Emilia tendió una rápida ojeada al rededor de la mesa, y reparó que Elena estaba inquieta y Luis muy turbado. Comprendió por intuición que el terreno á que su amiga quería llevarla era muy resbaladizo, y contestó para atajar la conversación:

—Es posible; pero mi padre no me habla nunca de sus negocios.

—Si te contara lo que nosotros discutimos—dijo Luis recobrando la serenidad—estabas divertida. No son más que detalles técnicos y cuentas interminables... Figúrate...

—Por favor, mi querido Luis—exclamó Elena en tono afectadamente jovial—, guarda tus demostraciones para nuestra intimidad. Yo te oigo con gusto porque me instruyo...

Al decir esto dirigió á su marido una mirada profunda.

Y cambiaron de conversación.

Después de comer, á pretexto de fumar un cigarrillo, Emilia llevó á Luis á su despacho y le dijo:

—¿Con que andas en tapujos con tu mujer? ¿Qué historia es esa de conferencias nocturnas con mi padre y con Thauziat? ¡Como si mi padre, después de la siete y de firmar el correo, se ocupara en otra cosa que en sus placeres! ¿Acaso haces tú lo mismo?

—¿Estás soñando? ¿Qué vas á pensar?

—Nada que no sea muy verosímil, conociendo tu carácter. Has tenido la suerte de encontrar una mujer angelical y hay muchas probabilidades de que su virtud te fatigue y corras en seguimiento del vicio. El atractivo del contraste. Tú tienes una gran seguridad y es probable que la aproveches para el mal. Necesitabas una mujer que te tratara á la baqueta y que á la menor alarma te amenazara con represalias; esto te obligaría á vivir prevenido. Te ocuparías en defenderte y no tendrías tiempo para atacar. Eres demasiado feliz, y la moral de la historia es que busques el medio de comprometer tu felicidad.

—Mi querida Emilia, lo que estás diciendo es muy ingenioso y me conmueve la buena opinión que tienes de mí. Pero tu psicología es falsa. No soy el monstruo que supones, y si salgo con mi mujer algo menos de lo que debía, te aseguro que mis distracciones son muy inocentes.

—¿Luego hay algo de verdad en mis conjeturas?

—En tus conjeturas, nada; en los hechos, sí. No me divierto pasando todas las noches en casa en-

tre mi abuela y Elena. Después de comer, mi mujer se encierra en el cuarto del niño y yo tengo el recurso de dar cabezadas en un sillón fumando un cigarrillo. A las nueve se presenta Elena. Su compañía es muy grata, lo concedo, pero á la larga se hace un poco monotoná. ¿Qué quieres? Experimento necesidad de distraerme, de moverme, para no entumecerme en la vida casera, y salgo...

—¿A dónde vas?

—Al Círculo casi siempre.

—¿Juegas?

—Muy poco.

—¿Y naturalmente pierdes?

—Hay de todo: unas veces pierdo y otras gano. Pero nada de importancia. Una partida de padre de familia.

—Estás seguro de que vas al Círculo? ¿No mientes? Yo lo sabré.

—¿Dónde quieres que vaya?

—No lo quiero, lo temo. Y si vas al Círculo ¿por qué no se lo dices á tu mujer? No hay en eso nada de malo, y valdría más decirlo que contarla esas historias. El día menos pensado te confundes ó te denuncia cualquiera involuntariamente y se quebranta la confianza que Elena debe tener en tí. Lo que haces es una majadería.

—Si la hablo del Círculo estará inquieta. Ella no sabe como tú lo que es la vida de los hombres en París. Creerá que he puesto el pie en el infierno, de donde cree ingénuamente que me ha sacado. Por eso he querido evitar discusiones y he preferido que viviera tranquila.

Pues no te contente con las apariencias y procuralo en realidad... Pero hace un cuarto de hora que estamos hablando y este conciliábulo podría excitar sospecha; vamos al salón.

Este diálogo dió mucho que pensar á Emilia. Era demasiado lista para aceptar como moneda corriente las explicaciones de Luis y se propuso saber con exactitud lo que éste hacia. Preguntó hábilmente á los que le rodeaban y en ocho días adquirió la certeza de que la mayor parte de las veladas que el joven escamoteaba á la vida conyugal, las pasaba en casa de la señora de Olifaunt.

Tampoco Elena se dejaba engañar por las explicaciones de su marido. Pero á la inversa de Emilia, no quería desengañarse, la duda le parecía preferible á la certidumbre. Un presentimiento le decia que si se la revelaba la verdad, perdería su dicha y, en lugar de averiguar, se tapaba los ojos y los oídos. Aquella valiente tuvo esta cobardía.

Se consolaba con su hijo de sus inquietudes y sus sospechas. Con él se mostraba en toda la perfección de su encanto y su belleza. Su noble rostro adquiría una dulzura tierna que hacia brillar sus ojos y resplandecer sus labios con la gracia inefable de la maternidad triunfante. Con el niño en brazos, como en una cuna flexible y tibia, murmurando á media voz canciones para dormirlo, ó haciéndole saltar en sus rodillas y prorrumpir en risas que salían de su boca como perlas desengarzadas, presentaba un cuadro impregnado de una poesía encantadora. Allí era donde Luis debía verla, para ponerse al unisono de su espíritu y de s

corazón. Hubiera bastado que la viera joven, ardiente, abnegada, para que se penetrara de un nuevo afecto compuesto de ternura y de respeto. Habría comprendido que Elena era no solo una mujer deliciosa sino una madre admirable y que si los lazos de su amor se aflojaban momentáneamente, cadenas más fuertes, forjadas por la gratitud, debían retenerle al lado de aquella criatura perfecta.

Pero en lugar de seguirla se quedaba en su cuarto fumando un cigarro ó en el salón leyendo un periódico. En vano la anciana señora de Hérault le decía:

—Ven á ver desnudar á Pedrito y quedarás maravillado de su gracia y de su hermosura. Es un niño que debe enseñarse.

Luis se reía de lo que llamaba exageraciones de abuela y contestaba con frases hechas sobre la necesidad de ocultar á los ojos de los maridos los menudos detalles de la crianza de los niños. Citaba la *nursery* inglesa, separada de las habitaciones principales para impedir que las voces de los mamones lleguen á los oídos de sus padres.

—Pero, hijo—decía la abuela—, si este niño no llora nunca; sólo se le oye reír. Es un prodigio. Y atendido como un príncipe... ¡Cuidado si tiene encajes el caballerito!...

—Sí, es bonito... Pero todos los niños se parecen... A mí no me interesará hasta que empiece á hablar.

La señora de Hérault pensaba, suspirando, que su nieto se privaba de muchos goces, y no pudiendo llevar á Luis al cuarto del niño, iba ella por los dos

y se extasiaba ante la cuna de Pedrito, que dormía con una respiración igual y tranquila, sus cabellos rubios escapándose de su gorrita con entredoses de Malinas y los puños cerrados como si se agarrase á su sueño delicioso.

Elena, entre tanto, sentada junto á la ventana, hacía para el niño medias de lana blanca y dejaba vagar su imaginación, que la llevaba algunas veces muy lejos de aquella habitación donde vivía el ángel consolador. Se preguntaba si dominada por el egoísmo maternal no habría cometido la falta de sacrificar su marido á su hijo, porque la generosidad de su carácter la hacía dirigirse cargos y casi excusaba el alejamiento de Luis. Comprendía que la esclavitud que era para ella causa de goces tan profundos, no podía gustarle á él y que aquella existencia le debía parecer muy monótona. Sin embargo, reconocía que con un pequeño esfuerzo hubiera podido soportarla. ¿No hacía ella todo lo posible por lograr que lo fuera, y lo hubiese conseguido si él no fuese tan superficial y tan ligero? Nunca se presentaba á él sino sonriente y graciosa; hasta afectaba una coquetería que jamás había tenido y ponía gran cuidado en vestirse. Trabajo perdido. Su marido la abrazaba distraídamente, la decía un cumplido sin pensar en lo que decía, y seguía separado de ella. No se creía abandonada y pensaba que todo era cuestión de paciencia. «Volverá á mí, pensaba, cuando deje de ser una nodriza insoportable», y con su predisposición á ver siempre al lado bueno de las cosas, soñaba con una nueva luna de miel.

Estaba muy lejos de eso y no tardó en tener la prueba. Como Luis salía todas las noches, una de las satisfacciones de Elena era ir á su cuarto y permanecer allí sola una dos horas. Le parecía que de este modo se acercaba á él, y que dejaba en la habitación silenciosa y vacía, algo de sí misma, una suave emanación de su amor, que acabaría por conmover á Luis. Arreglaba las chucherías que había sobre la chimenea, abría los armarios y ponía en ellos bolsitas que perfumaban la ropa. Todos los cuidados delicadísimo que hubiera querido prodigar al hombre amado los consagraba á las cosas que le eran familiares. Terminada su tarea de mujer arreglada, se sentaba en el sillón de Luis, y cogiendo el folleto ó el libro que encontraba encima de la mesa, se esforzaba por apoderarse del pensamiento del ausente y ponerse en comunicación intelectual con él. Se le pasaba el tiempo sin sentir. A eso de las doce oía á su marido que volvía tarareando una canción de opereta. No tenía tiempo más que para levantarse y escapar llevándose la luz, porque no quería que la sorprendiera en aquel cuarto, porque no sospechara que iba á registrarle.

Luis no sospechaba ni remotamente la frecuencia de aquellas visitas de su mujer. El perfume dulce y casto que dejaba al retirarse ligera y silenciosa, como un hada que velaba por él en la sombra, no le había llamado la atención. Todo lo encontraba bien en su habitación; pero no adivinaba qué mano era la que trabajaba discretamente en su bienestar. Tal vez ni siquiera reparaba que el

aspecto de la casa había mejorado mucho desde su matrimonio. Él no era ordenado y solía dejarse las llaves, los papeles ó el dinero, bien en los bolsillos, bien encima de la chimenea.

Una noche que había estreno en el Palais-Royal, Luis salió precipitadamente después de comer. Elena, un poco triste, después de acostar á su pequeño y jugar una partida con la señora de Héroult, fué á encerrarse en el saloncito que precedía al dormitorio de su marido. Allí, medio á oscuras, no pudo dominar las impresiones vagas pero dolorosas que asaltaban su espíritu. No tenía ninguna razón grave para atormentarse más que de costumbre, y sin embargo, tendida en un sillón, con las manos enervadas, lloraba sin poder contenerse y las lágrimas corrían abundantes y abrasadoras por sus mejillas. Parecía tener el presentimiento de una desgracia próxima, ó que se le imponía súbitamente la percepción clara de una desgracia consumada.

Al cabo de una media hora, su valor y su razón se sobrepusieron á todo y haciendo un esfuerzo repasó su memoria: vió que no tenía ni sombra de pretexto para una pena repentina, que atribuyó á los nervios, disgustada de aquel predominio de lo físico sobre lo moral, y queriendo distraerse por medio de una ocupación activa, entró en el cuarto de su marido. Vió sonriendo que todo se hallaba en el desorden en que él lo había dejado, pues los criados estaban aún comiendo y descansando de las fatigas del día, por cuya razón no habían entrado á arreglarlo. Recogió la ropa tirada en la alfombra

y viendo sobre el velador papeles en desorden los reunió para guardarlos en un cajón, cuando llamó su atención una tarjeta de pergamino, timbrada en un ángulo con una divisa latina que decía: «Amo et odi». En la tarjeta había solamente estas palabras escritas en letra grande y seca: «Mañana á las tres, calle de Moscou». La tarjeta no contenía firma.

Elena había dejado caer los papeles en la mesa, y no conservaba en la mano más que la delgada hoja de pergamino. No podía apartar los ojos de ella. La divisa que comprendía imperfectamente, le parecía con sus caracteres metálicos de azul pálido, una víbora que se retorció y cuya mordedura venenosa sentía en el corazón. Por un movimiento instintivo se acercó la tarjeta á la cara, y el débil perfume que la impregnaba penetró hasta su cerebro. Elena tuvo la certeza de que la tarjeta procedía de una rival. Una ola de sangre enrojeció sus mejillas, sus pies se helaron y todo giró en torno suyo. Una terrible angustia se apoderó de ella. Temió caer allí mismo, y extendiendo la mano á una botella que había en una bandeja, mojó el pañuelo y se humedeció la frente.

Poco á poco fué recobrando su lucidez y empezó á estudiar la tarjeta que contenía en el enigma de sus caracteres la clave de todo su destino: «Mañana, á las tres.. » ¿Por qué aquella cita había de ser criminal? ¿Qué prueba había de que la mujer que escribía aquello, porque no había duda de que era una mujer, fuera una querida? ¡Ayl! El perfume violento, acre, voluptuoso, era un indicio irre-

cusable. Revelaba la criatura que envolviendo á los hombres en las seducciones de la carne, quería, aun ausente de ellos, dejar activo el recuerdo de supremos deliquios, y aquel perfume infame era uno de sus venenos más sutiles. Sí, era una querida. Pero ¿de cuándo era aquella tarjeta?

¿La había recibido por la mañana ó por la tarde? Cuando había vuelto ¿venía de la cita? ¿salía de los brazos de aquella mujer, sintiendo aún el calor de sus besos? ¿O bien debía encontrarse en la calle de Moscou el día siguiente á las tres de la tarde? ¿Calle de Moscou? ¿Dónde? ¿En qué casa? Él la conocía sin duda puesto que no le decía el número. Luego veía á aquella mujer en otra parte, toda vez que se le especificaba el sitio en que la encontraría aquel día. Todo esto discurría Elena con una lógica inflexible. Veía claro en las tinieblas que la rodeaban, y quería ver más claro todavía. Corrió á la biblioteca y buscó un diccionario latino. La palabra «odi» era para ella el punto oscuro del enigma. Le parecía que si pudiera comprenderla todo se esclarecía de repente. Encontró el libro que buscaba y lo hojeó con presteza á la luz de una bujía, repitiendo vagamente como si evocara la palabra misteriosa:

—Odi... odi... odi... Aquí está... Odió.

Miró la tarjeta y leyó. *Amo et odi* y en seguida tradujo: *Yo amo y odio*. Dejó el diccionario en su sitio, cerró la biblioteca y volvió al cuarto de su marido. Estaba pálida. Desde luego recordó á la mujer rubia que había encontrado con Emilia en la exposición y que la había dirigido miradas lle-

nas de odio. No vacilaba, no tenía duda; era ella, no podía ser otra; Diana Olifaunt. El amor y el odio que proclamaba tan audazmente, tenían por objeto á Luis y Elena. Amaba á Luis y odiaba á Elena.

La joven, fría y serena, sintió que la invadía un dolor profundo, que entonces se explicaba y del cual la tristeza sin causa que antes experimentaba había sido precursor magnético. La idea de que aquella mujer la robase su felicidad la indignaba. Todo lo que había pasado en los últimos dieciocho meses se presentaba con claridad ante su vista; media los efectos y juzgaba las causas con la firmeza de un alma superior. Entonces comprendió el valor de los consejos que le habían dado y no quiso seguir. Recordó que Emilia había predicho lo que debía suceder y aun le parecía escucharla diciendo: «Luis es un niño... cátese usted con Thauziat.»

¡Thauziat! Su hermosa figura surgió ante ella, sombrío y triste fantasma de sus recuerdos. Él también padecía, él también era desgraciado. ¡Cómo había mirado á su hijo el día que fué á la iglesia y con qué tono dijo hablando del niño: «Deseo que en todo se parezca á su madre.» ¡Hubiera sido más dichosa con él? Sí, indudablemente. Ahora lo comprendía. Todos los pensamientos, todos los actos de Clemente hubieran sido para ella. La hubiese amado como á una divinidad única y á sus pies hubiera postrado su alma abrasada de amor, como único incienso digno de ofrecérselo. Dos lágrimas corrieron de sus ojos. Las enjugó con cólera y la pareció que su involuntario re-

cuerdo de lo pasado, era una traición hecha á su marido. Si él era culpable, ella no tenía ningún derecho para distraer su pensamiento, como él distraía su corazón. El sentimiento profundo de su desgracia la abrumó violentamente como si todas las cobardías, todas las vergüenzas, todas las perfidias que adivinaba, acumuladas en un haz enorme, cayeran de repente sobre ella y la aplastaran. Dejó escapar un gemido y recordando de repente el sitio en que se encontraba, temiendo que alguien la viera en aquella agitación, fuese con paso firme á su gabinete.

Atravesó por éste que se hallaba alumbrado por una lámpara de noche y entró en la habitación del niño. Despidió con un gesto á la criada que guardaba su sueño, apoyó la cabeza en el espigón de hierro que sostenía la colgadura y una vez sola con su hijo dormido, desahogó su corazón ulcerado. Padecía cruelmente, pero no había en su mente ningún pensamiento de cólera. Había cruzado las manos para orar y su plegaria subía al cielo, sencilla, tierna y conmovedora. «Dios mío, decía, ya veis mi desgracia; no os pido más que un consuelo en este mundo, que me dejéis á mi hijo. Mientras le vea sonreírme, mientras sus bracitos se rodeen á mi cuello, no tendré derecho á quejarme y aceptaré el dolor con resignación. Él será mi consuelo y tal vez por su medio, lograré recobrar el amor de su padre.»

Sus lágrimas caían gota á gota sobre la almohada. Una de aquellas perlas abrasadas cayó en la frente del niño. Se agitó, volvió la cabeza y abrien-

do un momento los ojos reconoció á su madre. Sonrió su boquita, brillaron sus ojos azules como el cielo y volvió á dormirse. Entonces Elena vió destacarse en su cuello las cuentas del collar de coral que la señora de Olifaunt le había enviado el día siguiente de su encuentro en la iglesia. Le pareció que aquella alhaja estaba envenenada como todo lo que procedía de semejante mujer y, desabrochando el collar, lo arrojó al fuego que ardía bastante vivo en la chimenea. Luego se sentó al lado de la cuna y continuó velando.

El día siguiente, en el almuerzo, Luis se mostró muy alegre y expansivo. Tenía en el fondo de su alma una alegría que rebosaba sin que pudiera contenerla. No advertía la palidez de su mujer. Era uno de esos amables egoístas que cuando están contentos creen que la satisfacción es universal. Se chanceó con su abuela y habló á Elena de sus proyectos financieros.

Elena, incapaz de contenerse bastante para engañar á un observador menos superficial que Luis, no pronunció una palabra, ni apenas probó bocado. Una fiebre ardiente la devoraba y á cada momento se llevaba el vaso á los labios para apagar con el agua el incendio que ardía en su pecho. Escuchaba con amarga sonrisa las galanterías de su marido comprendiendo que su satisfacción se debía á la alegría de haber visto la vispera á su querida ó á la esperanza de verla en aquel día. Su hipocresía la exasperaba. Hubiera preferido la brutalidad y la violencia á aquellas mentiras. Si él se hubiera levantado de repente diciendo: «Basta de ficcio-

nes. Amo á otra mujer y voy á verla», ella hubiese contestado: «Enhorabuena. Eso es cruel y es infame, pero no es cobarde. Me desgarras el corazón, pero no robas mi confianza ni me manchas con besos que otra ha participado.»

Luis no fué tan heróico. Continuó charlando, aunque se veía que su pensamiento estaba en otra parte y al levantarse de la mesa fué al cuarto de su hijo, cosa que no hacía siempre. Elena le siguió ávida de ver si la traición podía revestir tan exactamente las apariencias de la virtud. Luis acarició al pequeño, le sonrió, le besó y le hizo saltar en sus brazos, con el amor y el abandono de un excelente padre de familia. La tranquilidad de su marido era tal, que en el espíritu de Elena surgió la duda y pensó si habría soñado. Queriendo afirmar su convicción preguntó á Luis:

—¿Qué vas á hacer hoy?—dijo.

Luis levantó los ojos con alguna inquietud como si el acento de Elena hubiese encontrado un dejo amenazador.

—¿Por qué me lo preguntas?—dijo.

Ella fué derecha á su objeto y contestó:

—Porque estoy citada con Emilia para escoger la tela con que tapizar mi saloncito y quisiera conocer tu opinión.

—¿A qué hora vas?

—A las dos y media.

Pareció contrariado y repuso:

—Lo siento infinito... pero no puedo. Me hubiera alegrado mucho de ir contigo... porque en verdad, salimos juntos pocas veces... pero los ne-

gocios ante todo... Me esperan en San Dionisio.

—¿No puedes enviar á decir que no irás? Es la una y hay tiempo de sobra. Yo me alegraría tanto, Luis...

Elena pronunció estas últimas palabras en tono de súplica. Él no se atrevió á mirarla, su rostro se contrajo por la ansiedad y pareció vacilante. Pero al cabo de un minuto respondió con voz entrecortada:

—Perdóname... es imposible. Se trata de los más graves intereses.

—Bien—dijo Elena con una angustia horrorosa.

Luis se acercó á ella como si quisiera pedirle perdón, la atrajo á sí y la besó en la frente con verdadera ternura. Ella se desasíó vivamente, sintió que el llanto se agolpaba á sus ojos, lo contuvo gracias á un esfuerzo de la voluntad y tuvo suficiente energía para decir con aparente calma:

—Entonces, hasta la noche.

Y entró en su habitación.

Desde aquel momento tenía completa evidencia, pero quería adquirir la certidumbre hasta el último extremo posible y conocer á su rival. Se vistió de prisa, se puso un sombrero con un velo bastante espeso para que no la pudieran conocer, y metiéndose en su carruaje, se hizo llevar á casa de Lereboulley. Había concebido la idea de contárselo todo á Emilia. Cuando dijo á Luis que estaba citada con la joven, ya tenía el proyecto de pedir á ésta que la aconsejara y la ayudase á defenderse. Su confianza en ella era absoluta. Conocía su sagacidad y su grandeza de miras. No hubiera deja-

do ver á otra la llaga sangrienta de su amor herido, pero Emilia estaba enterada de sus vacilaciones en el momento de su matrimonio y para ella en su casa no había ningún misterio. Quizás Emilia, con su penetración, había descubierto la solución del enigma que preocupaba á Elena, y pudiera enterarla de todo evitándole investigaciones humillantes y un espionaje doloroso. Sí, era preciso interrogarla y obligarla á confesar que lo sabía todo. En su ansiedad por conocer toda su desgracia hubiera querido apresurar el paso del caballo, devorar el espacio y satisfacer de una vez su cruel curiosidad.

El carruaje se detuvo. Elena saltó á la acera, despidió al cochero, y llena de impaciencia preguntó si la señorita de Lereboulley estaba en casa. El portero contestó afirmativamente é hizo sonar un timbre, á cuyo llamamiento acudió un lacayo.

—La señorita está en su estudio—dijo el criado.

Y precediendo á Elena la llevó al segundo piso, abrió una puerta y se retiró.

Sentada delante de un caballete Emilia daba las últimas pinceladas á un delicioso cuadro de flores. Encima de la mesa tenía una porción de rosas, orquideas y jacintos, que le servían de modelo convenientemente dispuestos. Al oír abrir la puerta volvió la cabeza, y viendo á Elena dió un grito de alegría, se levantó con la paleta en el pulgar de la mano izquierda, salió al encuentro de la joven, la besó, la llevó al lado de su cuadro y la hizo sentar. Cuando Elena levantó el velo de su sombrero y mostró su rostro pálido de ansiedad, preguntó:

—¿Qué sucede? Está usted afectada.

Elena bajó afirmativamente la cabeza. Sofocada por la emoción, no podía hablar. No había creído que la confesión de su desgracia y de la infamia de su marido fuese tan penosa. Pero Emilia estaba ya muy prevenida para no adivinar lo que ella vacilaba en decir, y se decidió á preguntarla:

—¿Es Luis la causa de ese dolor?

—Sí—respondió Elena.

Pronunciada esta palabra, estaba roto el dique y el torrente se desbordó. Contó á su amiga todo y enumeró sus pruebas. En vano la señorita de Lereboulley trató de discutir las y quebrantar el convencimiento de la joven. En todo aquello podía haber una fatalidad, una coincidencia fortuita. Después de todo el billete no tenía fecha. Quizás era para la vispera. ¿Qué probaba que Luis hubiera ido? Y si era para aquel día, ¿quién era capaz de saber si iba?

—Yo—dijo Elena.

—¿Cómo?

—Voy á espiarle.

—No hará usted tal cosa.

—Lo haré, no lo dude usted, á menos que usted me diga quién es la mujer con quien Luis me engaña tan miserablemente.

—Y ¿en qué puedo conocerla?

—Por su impudente divisa que es un verdadero programa de ramera, exclamó Elena.

Sacó su tarjetero y tomó una tira de papel, en la que había escrito la frase latina y lo entregó á su amiga.

Esta se puso grave: había reconocido la divisa de Diana. Miró largo tiempo el papel, como si estudiase todas las letras. Entre tanto pensaba: «¿Con que ha llegado para la pobre Elena la hora de las amarguras? Sufre todo el tormento de los celos y sufrirá todas las humillaciones del abandono. Y será una mujer infame quien le destile el veneno gota á gota.»

Se estremeció midiendo la profundidad del abismo en que su amiga iba á caer. Diana era capaz de todo, hasta del más abominable de los crímenes, para lograr su objeto. Si se empeñaba una lucha entre las dos mujeres, y Elena tenía carácter para sostenerla, se podía temer todo. Emilia creyó necesario despistar todo el tiempo que fuera posible las sospechas de la mujer legítima é impedir que descubriera á la querida. Para esto convenia no dejarla entregada á sí misma, sino acompañarla y frustrar sus planes.

—No conozco este lema, dijo Emilia; pero lo mismo conviene á un hombre que á una mujer.

—La letra, el perfume, todo es de mujer, interrumpió Elena irritada por la resistencia de Emilia.

—Concedido. Es una mujer. Cita á Luis para hoy á las tres en la calle de Moscou. ¿Qué pretende usted hacer? ¿Esperar en la calle de Moscou? ¿Pero esperar qué?

—La salida de mi marido y de esa mujer.

—¿Y si ella vive en la casa y no sale?...

—No. Si viviera allí no hubiera puesto calle de Moscou. Es un lugar de cita.

Emilia no pudo menos de sonreír

—Está bien discurrido, dijo. El pensar no turba el entendimiento de usted.

—Me exalta—exclamó Elena. Centuplica mis fuerzas. ¡Oh! No crea usted que yo soy de esas mujeres que no tienen más recurso que sus lágrimas y quedan indefensas. Yo lucharé por mí, por mi hijo y por el honor de mi marido. No pediré protección á la ley: no quiero ni separación ni divorcio. Quiero á mi marido, que me pertenece, á quien amo á pesar de sus locuras y á quien pretendo recobrar. Mi corazón padece cruelmente con su alejamiento, pero padecería mucho más si le perdiera para siempre. Por eso deseo saberlo todo. No para buscar argumentos judiciales, no para encontrar pretexto á recriminaciones y querellas, sino para conocer á la que debo combatir y saber cómo la he de vencer.

La señorita de Lereboulley miró á su amiga admirada y enternecida. Los ojos de la esposa brillaban con una expresión de gallardía y surcaba su frente inteligente un pliegue enérgico. Sus manos se estremecían con la impaciencia de la lucha. Encarnaba tan perfectamente el valor y la perseverancia que Emilia concibió alguna esperanza. Bella, joven, vigorosa, ardiente, ¿por qué no había de triunfar Elena de la execrable Diana? Pero ¡ay! ¿no era el vicio el que triunfaba siempre en el mundo? ¿No lo sabía ella que desde su infancia había visto alrededor de su padre tantas mujeres que vivían de su hermosura, recibidas en todas partes, gracias á su lujo y su elegancia, imponiéndose al

mundo que las debía de rechazar y lejos de eso las festejaba? Un marido para cubrir con su nombre su infame comercio, un poco de compostura para salvar las apariencias, y mediante estas concesiones á la respetabilidad, podían vivir como cortesanas, apoderarse de los maridos, de los hijos, de los hermanos, desafiar con su impudente sonrisa á las esposas abandonadas, á las hermanas temerosas, á las madres agonizantes y sembrar por doquiera el dolor, el luto y la ruina.

¿No había numerosas aventureras entronizadas en los salones, en los teatros, en las estaciones de baños, ostentando los más hermosos diamantes, ocupando los mejores palcos y paseando en los trenes más lujosos? ¿No se decía en voz baja el nombre de sus amantes y vivían en intimidad con duquesas, penetrando en la sociedad más aristocrática por medio de fundaciones de beneficencia que enriquecían con sus donativos, de conciertos de caridad, en los cuales cantaban, arrastrando detrás de sus faldas la turba de sus adoradores, siempre dispuestos á pagar por complacerlas? ¿Y no era Diana la más temible, la más rapaz, la más insolente de todas esas mujeres? ¿Y era con ella con quien Elena iba á trabar batalla, sin más aliados que su altivez, su valor y su inteligencia, abandonada por el que debía ser su defensor, que la entregaría á su enemigo, descubriendo él mismo el sitio en que había que herir para que la herida fuese mortal? Sin embargo, su causa era grande y justa, y aunque no fuese más que por esto, y por el hecho de resistir valerosamente sin doblar la ca-

beza merecía que su amiga la ayudase con todas sus fuerzas.

Emilia resolvió, ante todo, evitar un choque entre Luis, Diana y Elena. Si la cita era verdaderamente para aquel día, había que impedir á toda costa que los tres adversarios se encontrasen de repente en la calle ó en una escalera expuestos á la curiosidad de los transeuntes ó á la indiscreción de los criados. Para prevenir por todos los medios que tenía á su alcance un escándalo probable, decidió acompañar á Elena.

Esta paseaba agitadamente por el estudio. La señorita de Lereboulley se levantó sonriendo y dijo:

—¿Quiere usted decididamente ir á la calle de Moscou? Pues no quiero que vaya usted sola; yo la acompañaré. Estoy segura de antemano de que no verá usted acudir á nadie á la cita. En todo caso, yo estaré allí para evitar que cometa usted alguna imprudencia.

Elena por toda respuesta abrazó á su amiga con efusión. La doncella trajo á Emilia su abrigo y su sombrero y bajaron.

—¿Ha despedido usted su coche? Es buena precaución: tomaremos uno de punto. No es más que la una y media; tenemos tiempo.

Al cabo de un momento, se dirigían hacia el puente de Europa al trote moderado de un penco de alquiler. Elena, que había vivido en el boulevard de Batignoles con su madre, conocía perfectamente aquel barrio. A fin de aumentar las probabilidades de éxito de su emboscada, había pen-

sado que el carruaje se detuviera hacia la mitad de la calle para vigilar igualmente los dos extremos. Situada de este modo, podía distinguir fácilmente una persona que entrase por el lado de la plaza ó por el del boulevard. Emilia no tuvo ninguna objeción que hacer á este plan de batalla; dejó á Elena que mandase detener el carruaje donde había dicho y esperó con viva emoción.

Gracias á sus velitos espesos era difícil conocerlas. Elena tenía los ojos fijos en el boulevard, porque presentía que por allí debía llegar Luis y la señorita de Lereboulley, observaba la entrada de la plaza por la ventanilla trasera del carruaje. No hablaban, pero su respiración fatigosa revelaba la emoción que las agitaba. De cuando en cuando Elena miraba su reloj: le parecía que el tiempo caminaba con demasiada lentitud. A las tres menos cuarto, Emilia se estremeció; su mirada penetrante había distinguido á Diana, vestida con un traje gris, muy sencillo y cubierta con un velo; pero á Emilia no se le despintaba la mujer que tan cordialmente odiaba. Seguía la acera á que estaba arrimado el coche y marchaba á buen paso, sin vacilación, como quien tiene la costumbre de acudir á citas de igual género. A veinte pasos del carruaje, se detuvo y entró por una puerta cochera.

Emilia no pestañeó. Había prometido avisar á Elena si veía algo sospechoso, y faltó deliberadamente á su promesa. «Si Luis viene por el mismo lado, pensó, nos hemos salvado por hoy. Esta noche tendré tiempo para ponerle en autos de lo que

pasa, á fin de que no se turbe si su mujer le pregunta y quiere ponerle en aprieto, y procure convencerla con buenas palabras » Una exclamación de Elena la hizo volverse: su amiga se había echado atrás y señalaba con la mano. Siguió con la vista la dirección indicada y vió á Luis que se acercaba tranquilo y sonriente con las manos en los bolsillos del paletó. Pasó al lado del carruaje, echó una mirada distraída á las dos mujeres que se habían ocultado en el fondo, no las conoció y siguió. En cuanto hubo pasado, Elena, temblorosa, se asomó á la ventanilla, le vió entrar en la casa donde antes había entrado Diana, y quiso apearse.

—¿Qué va V. á hacer?—preguntó Emilia cogiéndola del brazo.

—Enterarme, preguntar, saber.

—¿A quién preguntará usted? ¿A los criados? ¿Al portero? A gentes que pueden advertir la agitación de usted, alarmarse por su actitud y avisar á su marido... No, no puede ser... déjeme usted á mí... yo tengo sangre fría y averiguaré más y mejor que usted... Espéreme usted aquí, pronto vuelvo.

—Está bien.

Emilia se apeó y entró á su vez en la casa. En el fondo del patio un palafrenero lavaba una victoria. El portero, sentado en un banquillo, hablaba con él, con la escoba entre la piernas. La joven se dirigió á la portería; allí estaba sola una mujer, pequeña, flaca, taimada, verdadera portera de casa sospechosa. Al oír abrir la puerta, se levantó de su asiento.

—Señora—dijo Emilia—, quisiera pedir á usted algunas noticias.

Al decir esto abrió un bolsillo de mallas de oro y puso dos monedas encima de la mesa. La portera hizo un ademán de protesta, pero sus ojos se encandilaron al ver los 40 francos.

—Si es cosa que no me comprometa y puedo hacer á usted ese servicio...

—Perfectamente—dijo Emilia.—No se trata de nada de eso que ahora es tan frecuente: ni tiro, ni vitriolo... tranquilícese usted. Hace poco ha entrado aquí un caballero que tiene tomada una habitación de soltero, donde recibe á una señora ó á varias, eso me importa poco. Quisiera que en el acto le entregara usted un papel que voy á escribir. No tema usted; él dará á usted las gracias.

—¿Tiene contestación?—preguntó la portera.

—No, señora; le doy á usted el billete y me marchó.

Cogió una de sus tarjetas y escribió con lápiz estas palabras: «Tu mujer te espera en un coche á la puerta. Impide que salga Diana antes de una hora. Sal tú inmediatamente, vete por la plaza de Europa y ven á mi casa antes de ir á la tuya.— Emilia.»

—¿Tiene usted un sobre?—preguntó.

La portera rebuscó en un cajón mugriento, y entre recibos en blanco y periódicos viejos encontró un sobre. Emilia escribió en él: «Monsieur Luis»; metió la tarjeta y se lo dió á la mujer diciendo:

Tome usted. Muchas gracias.

—Voy al momento—, dijo la portera dominada por la tranquilidad de Emilia.

—Buenos días.

Emilia volvió al carruaje.

—¿Qué hay?—preguntó Elena.

—No le conocen en la casa. Es la primera vez que viene. No hay más que inquilinos que viven honradamente. El portero, que es un hombre decente, me ha dicho que el dueño no quiere mujeres solas en «su inmueble». Por lo tanto estamos en el caso de sospechar que se haya usted dejado arrebatado por temores quiméricos.

Elena observó á su amiga y pareció algo más tranquila. ¡Cuánto hubiera dado porque sus temores fueran vanos! Pero el billete sin firma, el lema latino, el perfume y Luis acudiendo á la hora indicada, eran indicios abrumadores. Es verdad que no había visto llegar á ninguna mujer. Pero entonces, ¿qué significaba aquella cita? ¿por qué se le había dado?

—Esperemos un poco—dijo.

—Lo que usted quiera—contestó Emilia, ya segura de que el lance tendría el desenlace que había preparado.

Las dos permanecieron silenciosas con los ojos fijos en la puerta cochera. Al cabo de un cuarto de hora, Luis salió tranquilamente y se alejó despacio hacia el puente de Europa. Emilia pensaba mirándole «¡Valiente hipócrita! ¡Parece un santito! Ya tiene que hacer con él la pobre Elena.»

—Vaya, querida—dijo en alta voz, —se marchó; ahora es claro que no venía á una cita.

—A menos que usted le haya avisado—interrumpió Elena con una mirada recelosa.

—¿Cómo? Si tuviera un cuarto alquilado en esa casa sería con un nombre supuesto. ¿Cómo en tan poco tiempo podía enterarme y enviarle un emisario? ¿Y por qué había de engañar á usted?

—Por amistad—dijo Elena moviendo la cabeza.

—Pero sería un error. Nada habría para mí más penoso que vivir llena de confianza al lado de un hombre que me engañase. Podría reírse de mí; á lo odioso se agregaría lo ridículo y yo no sabría salir de una situación tan humillante.

—Tranquílcese usted, Elena. Esta noche, cuando vuelva Luis, interrógueme usted hábilmente. Tal vez él mismo dará la explicación de este misterio. Voy á acompañar á usted á su casa.

Fué al Faubourg-Poissonière con Elena y permaneció á su lado hasta las cinco y media. A las siete, como de costumbre, llegó Luis para comer y, sin ir siquiera á su cuarto, entró en el salón. Abrazó á su mujer y á su abuela y se sentó ri-sueño:

—¿Qué han hecho ustedes hoy?—preguntó.

—Yo—dijo la anciana—he ido á comprar lana con que hacer elásticas para los pobres, he dado una vuelta por los Campos Eliseos y nada más.

—¿Y tú?—preguntó Elena á su marido—¿qué has hecho?

—He prestado diez mil francos que creo muy comprometidos... pero se trataba de un antiguo compañero de mis tiempos de calavera. Me había

escrito dos veces y me hacía el sordo .. Por fin me he rendido y le he llevado el dinero...

—¿A dónde?

—A la calle de Moscou—respondió Luis con indiferencia.—Desde allí he ido á San-Dionisio.

—¿En tu coche?

—No; en la calle de Amsterdam he tomado uno de alquiler que me ha llevado á la estación del Norte... y nada más, como dice la abuela.

Elena advirtió la extraordinaria precisión de las contestaciones de su marido, y le parecieron inverosímiles á fuerza de ser exactas. Percibió en ellas una habilidad que denunciaba el crimen. Adquirió la convicción de que había sido burlada y de que Luis había aprendido una lección, enseñada por Emilia. Su corazón generoso no tuvo ni un latido de cólera. Comprendió los motivos á que había obedecido su amiga y la perdonó. Pero resolvió redoblar su vigilancia para llegar á la evidencia.

Luis, en efecto, se había ajustado fielmente á las instrucciones de la señorita de Lereboulley. Al salir de la calle de Moscou fué á casa del banquero, donde estuvo esperándola dos horas, que le parecieron mortales. Estaba impaciente por saber lo que su mujer podía haber descubierto, disgustado por verse sorprendido y algo inquieto por tener que sufrir las amonestaciones de Emilia. Entró ésta resueltamente, no le tendió la mano, y le dijo en tono seco, atravesando el salón:

—Sube á mi estudio; allí hablaremos mejor.

Luis la siguió. Encerrados en la ancha sala; ella se quitó el sombrero y el abrigo, que tiró sobre

un sofá, y dijo plantándose delante de su amigo:

—¡Por cierto que tienes buena conducta!

—Vamos, Emilia—interrumpió Luis,—ya me reñirás todo lo que quieras; pero ante todo cuéntame lo que ha pasado.

—No es difícil adivinarlo... Dejas tirados tus papeles... tu mujer ha encontrado una tarjeta, la ha leído y á no ser por mí te coge con Diana.

—¡Cuánto te lo agradezco!

—No hay de qué... No lo he hecho por ti, que me repugnas espantosamente. ¡Qué estúpido eres! Tienes una mujer deliciosa que te adora, un hijo hermosísimo, una felicidad que no mereces y lo comprometes todo por una bribona que se burla de ti.

—¡Emilia!—exclamó Luis con cólera.

—¡Qué! ¿Te haces ilusiones acerca de su moralidad?

—No me hables de ella... Di de mí todo lo que quieras... nunca dirás bastante... Pero respeta la mujer que amo.

—Será difícil, porque es poco respetable.

Luis tomó furioso el sombrero y se dirigió á la puerta. Emilia le cogió por el brazo.

—Espérate, imbécil... No hablaré de esa mujer ya que eres tan quisquilloso. No he acabado contigo. He logrado hacer creer á Elena que no te conocían en la casa donde tienes tu Torre de Nesle. Ella te interrogará, dile una mentira para explicar tu visita. Mentirás con buen fin, por una vez.

—¡Emilia!—repitió Luis sentándose disgustado.

—Pero le advierto que Elena no ha aceptado

con resignación la idea de que puedas engañarla y tendrás mucho que sentir si continúas por ese camino... Se defenderá enérgicamente y ya puedes vivir prevenido. Un momento de cólera puede llevar muy lejos y ella es muy linda... Si te pagase en la misma moneda...

—Es incapaz de eso. Es una mujer honrada.

—Y por eso estás tranquilo—exclamó Emilia con amarga ironía.—Tú y los que piensan como tú, sois unos menguados. Ya atenderiais más á vuestras mujeres si ellas fueran menos fieles á su deber. «Es honrada, puedo martirizarla impunemente; padecerá, llorará, pero no se vengará por que es honrada». Y el señorito, fuerte con esta seguridad, la corre á sus anchas, mientras la pobre abandonada cria á su hijo, lo cuida y se sacrifica por él. La revelación de su desgracia puede trastornarla, envenenarla y matar á la vez al niño. Pero ¿qué importa?... Es preciso que el señorito se divierta... ¡Qué cobardía!

—Esa es una exageración un poco dramática—dijo Luis sonriendo contrariado.—No trato de excusarme, pero si Elena hubiera sido un poco más esposa, un poco menos madre, tal vez no sucedería lo que sucede.

—¡Basta!—dijo Emilia pálida de ira.—Lo que estás diciendo ahora te completa. ¡Culpas á Elena porque es virtuosa! ¡La acusas por lo que la debía hacer sagrada para tí! No me contestes una palabra. Vete. He sido tu amiga, ya no lo soy. Pero antes de irte escucha un aviso que no debes olvidar. Si no te cuidas de tu mujer, si no temes á Sir

James Olifaunt, y en eso no te equivocas... no desdeñes al señor de Lereboulley. Tiene gran interés por Diana... no ha consentido en sacrificármela y no se la dejará quitar sin combate... Ten cuidado.

Luis se encogió de hombros desdeñosamente y ella prosiguió:

—¡Oh! No te buscará camorra. No te atacará con la espada ó la pistola en la mano. Tiene mejores armas. Te romperá las piernas financieramente... Al buen entendedor... Ahora, ya puedes marcharte.

Y volvió la espalda á su amigo. El se le acercó más turbado de lo que quería aparentar y dijo tendiéndola la mano:

—Te doy gracias por lo que has hecho por mí y por Elena... pero no me dejes marchar así... Hace tanto tiempo que te profeso cariño... Mi abuela, mi mujer, mi hijo y tú sois las únicas personas á quienes amo verdaderamente. Acabas de maltratarme y no te guardo rencor. Sé que soy culpable. Pero ¿de qué te sirve abrumarme? Compadéceme... eso será mejor y tal vez más eficaz.

Emilia le miró y vió que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Pero ¿qué veneno os da esa criatura—gritó golpeando con el pie en el suelo—para enloqueceros á todos, unos después de otros? Y aun tú eres un chiquillo sin defensa. ¡Vamos, hombre, procura ser un poco más razonable!

—Te lo prometo.

—¡Juramento de borrachol—dijo ella con tris-

teza.—Vamos, vete, estarían inquietas si te retrasaras.

Luis la cogió casi á la fuerza por los hombros y la besó. Parecía que toda su tristeza había volado,

—¡Eres en verdad una buena muchacha!—dijo.

—Y tú un tunante.

—Adios.

Salió Luis, y Emilia quedó sentada y pensativa. El aviso que había dado al joven era cosa seria. Ella sabía que cuando su padre se enterase de que le habían burlado, su cólera sería terrible. Interesado en todos los negocios de la casa Héroult y habiendo dado á Luis participación en todos los suyos, le podía arruinar en un abrir y cerrar los ojos. Disponiendo de medios financieros formidables, el senador podía á su antojo levantar hasta las nubes una especulación ó hacerla fracasar. Dominado por el resentimiento concebiría en seguida la idea de atacar á su rival en su fortuna; sabiendo que éste era el medio de volverte á quitar á Diana. Emilia conocía la incurable pasión de Lereboulley por su querida; para aquel viejo se había hecho indispensable la bella inglesa. Además del peligro que corría Luis por este lado, había otro que la joven apenas había indicado y era el que podía hacerle correr el amor de Thauziat. Viendo al marido alejarse de su mujer, Clemente, á no tener una generosidad sobrehumana, trataría de aprovechar la ocasión. Es verdad que Elena era muy honrada, pero Thauziat era muy peligroso. Así es, que por todos lados creía Emilia amenazada la seguridad de sus amigos por la falta de Luis.

Si Elena hubiera seguido retraída como lo estaba desde el principio del invierno, las probabilidades contrarias hubiesen disminuido. Pero cambiando de táctica, declaró que en adelante acompañaría á su marido á la sociedad. Así necesariamente se había de encontrar con la señora de Olifaunt y la lucha tenía que entablarse implacable entre las dos mujeres. Era imposible que los interesados y el primero de ellos Lereboulley, no oyesen silbar los dardos que se cambiarían de una y otra parte. A menos de ser sordo y ciego, acabaría por comprender y desde entonces era de temer todo. Luis había acogido sin entusiasmo la resolución de su mujer, porque bien hallado con su nueva vida de soltero, quería prolongarla. Así, pues, hizo algunas objeciones, que Elena rechazó con invencible firmeza.

—El niño—dijo—ya no me necesita por la noche y no quiero encerrarme para toda la vida entre las cuatro paredes de la casa. Ya es tiempo de que me distraiga un poco; necesito cambiar de modo de vivir.

Y empezó á asistir á reuniones, á bailes, á teatros y á recibir en su casa como en los primeros tiempos de su matrimonio. Se veía que hacía esfuerzos por gustar y lo conseguía. Su belleza un poco grave se hacía más dulce y seductora. En torno suyo se formó una corte, y mimada y adulada mostró aun más ingenio y más gracia que hermosura. Thauziat, con su altivez tranquila se mantenía alejado de cortesanos y aduladores. Pero tenía una manera de saludar á Elena, de hablarla,

de acompañarla, que acabó de asegurar la supremacía de la joven. Nada en la actitud ni en las palabras de Clemente podía comprometerla, pues la demostraba un respecto que no tenía á ninguna otra. No se podía creer que dejara de estar enamorado de ella, pero afectaba tan bien no tener ninguna esperanza, que su virtud era considerada como inexpugnable.

Ella, tranquila en la apariencia, pasaba por en medio de la multitud, escuchando las galanterías, contestando con una sonrisa, digna, dueña de sí misma, pero con la atención siempre prevenida. No perdía de vista á su marido. No se le escapaba ninguno de sus movimientos. Y aquella caza del adulterio en las *máximas* de los salones, tenía para un observador sagaz como Emilia, un áspero y punzante atractivo. ¡Cosa singular! Desde que Elena salía, nunca, en ninguna de las casas á donde concurría había encontrado á Diana. Parecía que un amigo secreto avisaba á la bella inglesa de todo lo que la señora de Hérault debía hacer por la noche. Luis, dulce, afable, llevaba á su mujer donde quería ir y se conducía como un esposo modelo. Elena á pesar de su tenacidad, comenzaba á cansarse y sentía debilitarse su convicción, cuando un incidente imprevisto, hizo brotar la luz que buscaba tan apasionadamente.

IX

Aunque Lereboulley odiaba la música, daba todos los años dos ó tres conciertos en sus magníficos salones por complacer á su hija. Emilia, muy avanzada en materia de arte y fanática por Wagner, había contribuido mucho á aclimatar en el mundo parisiense las admirables composiciones del maestro. Después de hacer oír á sus amigos todo lo que razonablemente se podía imponer á la ligereza francesa de aquella hermosa pero severa música, se limitaba entonces á patrocinar á músicos jóvenes, que á pesar de su mérito no lograban transpasar las puertas de los teatros. La ejecución de estas obras inéditas se confiaba á una orquesta escogida que acompañaba á los cantantes más notables, de modo que estas veladas musicales llamaban poderosamente la atención.

El primer concierto de aquel año debía consagrarse á la audición de fragmentos del *Manfredo*, una ópera de Luciano Wordler, de quien la señora de Olifaunt había cantado todo el invierno en los salones una preciosa canción que tuvo gran éxito.